

El pasado fin de semana, en todas las iglesias de Catalunya, se repartió un folleto con el posicionamiento de los obispos catalanes sobre la Ley de Eutanasia. El texto -lleno de falsedades, omisiones e incorrecciones- no parte del análisis de la ley. Contiene un montón de generalizaciones y se presenta como una posición rotunda y simplista ante un tema complejo y lleno de matices.

Quisiera dejar claro que la jerarquía católica tiene derecho a expresar su opinión y participar del debate en la sociedad sobre el final de vida y el derecho individual de cada persona a poner límites al propio sufrimiento. Pero hubiera querido que contribuyeran con argumentos, opiniones contrastadas y nuevas aportaciones desde ángulos diferentes. No es aceptable que lo hagan con falsedades y una falta evidente de rigor. Afirmaciones como, que sin un testamento vital te pueden aplicar la eutanasia o que los más débiles quedan desprotegidos -cuando es una ley extremadamente garantista- tienen una intencionalidad manifiesta y desprecian la inteligencia y el sentido común de quien se tome la molestia de leer la Ley.

Además de las manipulaciones antes mencionadas del texto de la Ley, el documento niega la capacidad de la persona para decidir el propio final de vida y atribuye a Dios y a su voluntad la única potestad para decidir sobre el límite del sufrimiento. Argumentos que se parecen a los que durante mucho tiempo se utilizaron para oponerse al uso de la anestesia epidural, los trasplantes o la vacunación. Resaltamos que los argumentos de los obispos y las manipulaciones que hacen de la Ley son idénticos a las que dice VOX y el PP, posicionándose -una vez más- junto a los estamentos más retrógrados de la sociedad.

Esta frivolidad de los obispos catalanes es una falta de respeto al conjunto de la ciudadanía de nuestro país. Sabemos que en la sociedad hay una amplísima mayoría a favor de la eutanasia y, al mismo tiempo, entendemos el debate y la disrupción que puede suponer una ley como la aprobada. En un tema tan relevante son bienvenidas todas las opiniones y valoramos que se hable y se cuestione cualquier aspecto en torno al final de la vida. Lo que pedimos es que se haga desde la verdad, con datos contrastados, diferenciándolas de juicios de valor y de posturas prefijadas.

Creemos también que las personas creyentes y con sensibilidad católica se habrán sentido decepcionadas por el documento. En vez de aportar consideraciones para que los creyentes elaboren su propia reflexión, el documento los trata con paternalismo, les niega la capacidad de discernimiento y, en vez de argumentos, les da propaganda y posicionamientos simplistas. Mezclando opiniones con datos alteradas, no permiten que personas maduras lleguen a sus propias conclusiones y no les permite que puedan contrastarlas con las visiones de otros colectivos.

Comprendemos la frustración de los obispos por la pérdida de relevancia en la sociedad. No la recuperarán con informaciones falseadas y alejadas de la verdad. Además de la irresponsabilidad de publicar datos erróneos y conclusiones tendenciosas, se contribuye a añadir dolor a muchas personas que han vivido y viven con inquietud los procesos de final de vida. Ayudar a prepararse para la muerte, acompañar en la reflexión sobre los valores y el sentido de la vida, no es compatible con el dogmatismo del documento que han publicado.

Desde el inmovilismo y la negación de la libertad individual no contribuirán a que la sociedad observe con madurez el hecho inevitable de la muerte.

En DMD creemos que somos libres hasta el final. Y la dignidad y la autonomía personal para tomar decisiones provienen de un proceso de reflexión y discernimiento individual en el que todas deberíamos contribuir con honestidad y claridad. Con este tema no debería haber lugar para consignas y propaganda.